

La destrucción de la modernidad: Arqueología de los Talleres Vasena y la Semana Trágica en Buenos Aires

Daniel Schávelzon y Ana Igareta

Resumen

En junio del año 2009, la nueva remodelación de una plaza denominada Martín Fierro atrajo la atención sobre las ruinas de dos solitarias paredes que aún se mantenían en pie. Dichas paredes constituyen el último fragmento de evidencia material de lo que a principios del siglo XX fue una gran empresa metalúrgica argentina: los Talleres Vasena. El enorme edificio de talleres y depósitos al que corresponden esos muros fue construido a principios del siglo XX y, en 1919, fue el escenario de uno de los más cruentos conflictos obreros que ha registrado la historia nacional. Un enfrentamiento que se inició como un reclamo de mejoras en las condiciones de trabajo en la fábrica, se transformó en una batalla por toda la ciudad, que enfrentó a gran parte de los sectores populares y a las fuerzas del orden durante la Semana Trágica. Poco tiempo después del conflicto, los talleres fueron clausurados y vendidos a la Municipalidad, que en la década de 1940 transformó el predio en una plaza, previa demolición de los edificios. Hasta la fecha no se ha hallado documentación que registre los mecanismos sociales y políticos que guiaron la destrucción de los talleres, o los motivos que permitieron que, setenta años después, dos paredes permanezcan en pie. Desde la arqueología, tal es este caso, es posible proponer una caracterización de ese espacio y de las condiciones materiales en las que trabajaban quienes murieron o sufrieron el enfrentamiento.

Palabras clave: Talleres Vasena – sitios de dolor y vergüenza – motivos de la destrucción

Introducción

A principios del siglo XX, las industrias argentinas registraron un crecimiento sin precedentes y sin paralelo en América Latina, lo que hizo pensar a muchos que el país se convertiría en una de las potencias económicas del mundo. Un diccionario español de 1919 describía así la situación: “*Todo hace creer que la República Argentina está llamada a rivalizar en su día con los Estados Unidos de la América del Norte, tanto por la riqueza y extensión de su suelo como por la actividad de sus habitantes y el desarrollo e importancia de su industria y comercio, cuyo progreso no puede ser más visible*” (Tonni 2006:27).

Diversas empresas metalúrgicas consolidaron su posición como productoras capaces de sustituir materiales que hasta ese entonces eran importados, jugando un papel fundamental en el desarrollo de otras industrias a

las que les proporcionaban productos en enormes cantidades, tales como la ferroviaria, la marítima, la frigorífica y la harinera. Asimismo, se afianzaron las exportaciones a Europa, si bien los vientos de guerra en el viejo continente amenazaban la continuidad del comercio. *Talleres Pedro Vasena e Hijos* fue una de las empresas que participaron de ese auge industrial y que, a comienzos de la década de 1910, amplió su producción al acero (Figura 1). Los enormes costos implicados en dicho proceso llevaron a la familia Vasena, cuyo iniciador había sido un italiano inmigrante pobre, a asociarse con inversores ingleses. Éstos, unos pocos años después, consiguieron en control total del emprendimiento y así nació la *Argentine Iron and Steel Manufactory, formerly Pedro Vasena e hijos*. El meteórico crecimiento de la empresa –para 1919 empleaba más de 2000 operarios– dio lugar a la construcción de un impactante conjunto edilicio. Talleres, caballerizas, depósitos y oficinas administrativas fueron instaladas en las afueras de la ciudad de Buenos Aires de ese tiempo, en las actuales calles Cochabamba y La Rioja.

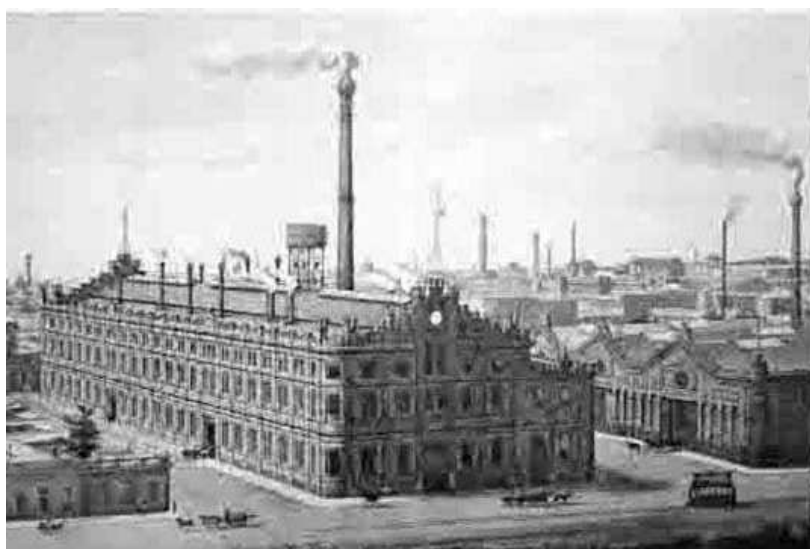


Figura 1. Vista de los Talleres Vasena en su época de mayor producción, hacia 1910. El sitio de la plaza actual excavada coincide con los edificios de la derecha.

Sin embargo, el estallido de la Primera Guerra Mundial afectó severamente la productividad, no sólo por la pérdida de mercados sino por el encarecimiento de insumos importados, que eran vitales para su funcionamiento. La reducción de las ventas impactó particularmente a los obreros de la empresa, quienes sufrieron una reducción abrupta de sus sueldos y despidos. Las primeras organizaciones sindicales del país, que por ese entonces contaban con unos pocos años de existencia, organizaron durante los primeros días de 1919 una sucesión de huelgas que pusieron en jaque la continuidad de la producción. Entre otras cosas, se reclamaba al Directorio la reducción de la jornada de trabajo de 11 a 8 horas, el pago de horas extras, la reincorporación de los obreros suspendidos o despedidos, y la mejora en las condiciones generales de trabajo (Seibel 1999).

El 7 de enero, en la puerta de su dependencia de la calle Cochabamba, se desató un enfrentamiento entre huelguistas y obreros que no se habían plegado a la huelga, que culminó con la llegada de la policía. Esta fuerza disparó indiscriminadamente sobre trabajadores y transeúntes, habiendo asesinado a cuatro de ellos y dejado treinta heridos (*Caras y Caretas* 1919). Nuevos y más violentos enfrentamientos entre obreros y policía, bomberos e incluso el ejército, tuvieron lugar los días siguientes en diversos puntos de la ciudad, en el episodio hoy conocido como la *Semana Trágica*. El conflicto se extendió con agresiones a extranjeros y miembros de la comunidad judía, y generó el surgimiento de nefastos grupos parapoliciales, entre ellos la Liga Patriótica (Caterina 1955). Si bien nunca se dieron a conocer datos oficiales sobre la cantidad de muertos, se los estimó por varios miles. Con los meses, la huelga general que provocó se expandió a todo el país, y llegó a producir grandes matanzas de esquiladores de ovejas en la Patagonia y de indígenas en el Chaco.

Concluida la *Semana Trágica* y con una frágil calma entre el directorio de Vasena y sus obreros, que se obtuvo luego de que éste accediera a parte de sus reclamos, los Talleres fueron adquiridos por otra empresa y el edificio fue vaciado y desmantelado. En el año 1926, el predio fue adquirido por la Municipalidad porteña, que procedió a la demolición y a la creación de la Plaza Martín Fierro, inaugurada en 1940. Hasta donde se

ha podido indagar, no hubo ninguna manifestación de desacuerdo con la decisión de destruir la construcción, ni voz alguna que señalara la importancia de su conservación como sitio histórico o para honrar la memoria. En la actualidad, dos fragmentos de paredes semiderrumbadas y rodeadas de basura dan cuenta de que allí existió un edificio de dimensiones colosales, en cuyas inmediaciones se desató uno de los más violentos reclamos obreros de la historia del país.

Consideraciones teóricas

La pregunta acerca de cómo un edificio que fue escenario de un evento crítico en la historia fue demolido sin protestas, nos la hemos hecho tantas veces que no vale la pena repetirla. No sólo porque la respuesta suele ser desalentadora, sino porque el conocerla no parece haber minimizado el impacto de la destrucción patrimonial, cosa que se reitera a diario frente a nuestros ojos (Schávelzon 2009). Es momento entonces de intentar un abordaje del problema desde una perspectiva que deje de lado la certeza de lo destructiva que puede ser la desidia de la administración pública. Vale la pena considerar que las destrucciones tal vez ocurren porque nadie las evita y porque en algún sentido se las promueve como un mecanismo de construcción del olvido (Schávelzon 2008).

Logan y Reeves proponen que la desaparición de ciertos elementos del patrimonio cultural deriva de su carácter de “*sitios de dolor y vergüenza*”. Su análisis indica que “*a veces, sitios completos desaparecen de la conciencia del público y por lo tanto también de los registros de patrimonio, tal vez porque el público en cuestión no desea recordar los eventos asociados con tales lugares*”. Se trata de “*lugares no reconocidos [por su valor histórico] si no hasta tiempos recientes debido a su asociación con el dolor y sufrimiento allí experimentado en el pasado (...). Tales lugares con frecuencia se convierten en objetivos a demoler, a fin de que arrasarse con el miedo y la vergüenza asociada al sitio*” (Logan y Reeves 2009:2).

En tal contexto, la destrucción deja de ser un evento que podría haberse evitado para convertirse en un acto que se vio colectivamente –aunque tal vez de forma inconsciente–, favorecido. Aquí resulta imposible siquiera empezar a discutir los complejos mecanismos implicados en el reconocimiento y manifestación, a nivel social, de los sentimientos de culpa y dolor, por lo que simplemente nos limitaremos a explorar las alternativas materiales de la posibilidad planteada. Como fue mencionado, no sólo ningún sector de la sociedad manifestó en su momento interés por la preservación del edificio de los viejos Talleres, sino que tampoco parece haber habido a posteriori ninguna forma de reconocimiento del lugar como escenario de un evento histórico, menos aún un intento de preservarlo. Sólo quedaron, como al azar, dos fragmentos de muros con baja integridad estructural, sin contexto alguno.

Al momento de iniciarse los trabajos, la superficie que rodeaba los muros estaba cubierta por basura, que habría sido acumulada por lo menos desde la década de 1970, y que en sectores formaba montículos de medio metro de alto. Una de las esquinas mostraba las huellas dejadas por el puesto de comida al paso que funcionaba allí. Éste dejó una extensa marca de grasa y hollín sobre las paredes, además de una masa compacta de residuos que incluía objetos típicos de esa actividad. A ello se sumaban decenas de preservativos usados en sexo nocturno lo que es habitual en el lugar, restos de computadoras robadas y rearmadas, lo que es una actividad diurna que puede ver el transeúnte, así como excrementos de perros y humanos repartidos por las inmediaciones. Sólo un casi totalmente destruido cartel daba cuenta del valor testimonial de las paredes, evidencia de una marcha de vecinos realizada en 2002 que estuvo motivada contra el municipio y su intención de remodelar la plaza. En definitiva, se trata de un lugar olvidado y borrado; y, si consideramos que tal destino se relaciona con los eventos allí ocurridos, es necesario preguntarse ¿qué motivó su desaparición?

Posibilidades

Anteriormente se mencionó que uno de los hechos llamativos sobre los eventos ocurridos en torno a Vasena es la falta de reconocimiento del lugar como escenario de un evento histórico de la primera mitad del siglo XX. Si bien es lógico asumir que éste no resulta deseable de recordar para los industriales o el Estado, es más difícil entender por qué otros sectores de la sociedad, generalmente interesados en mantener viva la memoria de hechos de este tipo, tampoco se han ocupado del reconocimiento que el sitio amerita en la historia de los reclamos obreros. Vasena pertenece a la clase de sitios que posibilitaría a un grupo (los obreros) mantener un sentido de conexión con sus raíces, y que justamente por eso suelen ser utilizados –buena o malamente–, por gobiernos y políticos para enfatizar los lazos que la nación posee con dicho grupo (Logan y Reeves 2009:12). Resulta necesario cuestionarse entonces por qué nada de ello ha ocurrido e

identificar, de ser ello posible, el origen de la falta de interés que manifiestan por el lugar grupos contrapuestos. Una revisión de las crónicas y los textos dedicados a analizar la *Semana Trágica* permiten, a nuestro criterio, definir al menos tres niveles posibles de conflicto. Cada uno de ellos constituye un evento dramático en sí mismo, cuya carga emotiva podría haber hecho deseable la destrucción del edificio.

En primera instancia, las pésimas condiciones de trabajo de los obreros, que sin duda no constituían un hecho aislado, sino que reflejaban la política habitual de las empresas de su tiempo. Explotación, enfermedad y falta de seguridad industrial conformaron el lado oscuro de la modernidad y de la consolidación del sistema capitalista, cuyos beneficios fueron obtenidos reprimiendo las exigencias de los trabajadores, en lugar de mejorar su situación laboral para optimizar la producción. El que las autoridades nacionales hayan permitido y fomentado para su beneficio tal estado de cosas, constituye un episodio doloroso para los protagonistas, pero vergonzoso para toda la población. El segundo motivo se relaciona con el hecho de que la intervención de la policía estuvo motivada por un enfrentamiento entre obreros; los conductores de los carros (*chatas*) que transportaban materiales, fueron el blanco de los huelguistas, quienes prendieron fuego a numerosos vehículos; si bien algunos autores mencionan que los agredidos eran en realidad “rompehuelgas”. En tercer lugar, debemos tener en cuenta que lo que podría haber sido un único enfrentamiento entre trabajadores y fuerzas del orden, se extendió por toda la ciudad –y luego gran parte del país–, a partir de una acción de represión violenta por parte de un gobierno que era democrático. El presidente Hipólito Yrigoyen puso en manos del Ejército la resolución del conflicto, función que no le era propia. Asimismo, tanto el gobierno nacional como los grupos conservadores apoyaron el accionar de grupos parapoliciales, lo que constituyó una violación más a lo establecido constitucionalmente.

La sumatoria de posibilidades permite generar una hipótesis acerca de por qué el sitio de los Talleres Vasena no ha sido transformado en monumento, sino muy tardíamente como un “lugar histórico”, o comprender los posibles motivos por los que los herederos de los grupos que en 1919 protagonizaron el conflicto no han manifestado interés por la conservación de la evidencia material asociada a éste. En tal contexto, cabe preguntarse si la investigación arqueológica también puede aportar al relato de lo ocurrido, con información novedosa que posibilite un cambio de actitud con respecto al sitio. Consideramos que sí puede hacerlo; en principio, los trabajos permitieron caracterizar las condiciones de labor de los obreros, algo que si bien se conocía por testimonios y crónicas, no poseía entidad material a consecuencia de la destrucción de los Talleres.

Excavación de la Plaza Martín Fierro, ex Talleres Vasena

Los restos visibles de lo que fue el edificio se reducen a dos paredes de ladrillo de unos 10 m de largo y 2 m de alto. Ambos muros presentan aberturas de ventanas, si bien la carpintería de éstas desapareció y el deterioro del conjunto no permite establecer si los restos originalmente correspondían a estancias internas o a sectores externos de la construcción.

La superficie definida como área de intervención arqueológica fue de una cuadrícula de 12 m de lado –por ser éstas las dimensiones para las que se obtuvo autorización–, que tuvo como centro el conjunto de muros históricos. Tal superficie fue dividida en 144 cuadrículas de 1 x 1 m, como paso previo a la excavación de 46 unidades (Figura 2). Asimismo se excavaron diez sondeos de 50 cm de lado, ubicados a distancias regulares de las paredes.

El avance de la excavación permitió determinar la longitud total original de dos de las estructuras antes mencionadas, identificar la presencia de otros tres muros asociados (Figura 3). Además, reveló la presencia de al menos cinco secciones de pisos de características disímiles, así como los restos de lo que parece haber sido un piletón de cemento destinado a la fundición de hierro y chatarra, y de otros posibles dos, muy deteriorados. Si bien no se pudo establecer a qué sector de los Talleres pertenecían tales estructuras –los planos son singularmente confusos al respecto–, un análisis de las características del conjunto permitió realizar inferencias sobre su funcionalidad.



Figura 2. Proceso de excavación: se ven los pisos de cemento y de ladrillos, bases de paredes y uno de los muros conservados al fondo.

Los restos dan cuenta de la existencia de pasillos y recintos interiores extremadamente estrechos o muy subdivididos, tanto que el espacio disponible para permanecer o circular resultaba mínimo; a la par de aquellos, las aberturas fueron de tamaño igualmente exiguo. Asimismo, las paredes divisorias eran de un solo ladrillo de ancho y de ningún modo aislantes, ni siquiera aquellas que rodeaban los pilotes de fundición, los cuales seguramente generaban temperaturas muy elevadas. Éstas habrían sido tan fuertes que alteraron la superficie de los ladrillos de una de las paredes, la cual muestra principios de vitrificación (la temperatura mínima requerida para ello es de 1500° C). La única ventana conservada de ese recinto daba a otro ambiente y, por ende, no permitía circulación alguna de aire, algo absolutamente necesario si se tiene en cuenta que al calor se sumaban los humos –tóxicos–, del carbón que se quemaba en hornos y fraguas, así como el vapor liberado por el agua empleada para enfriar herramientas y materiales.

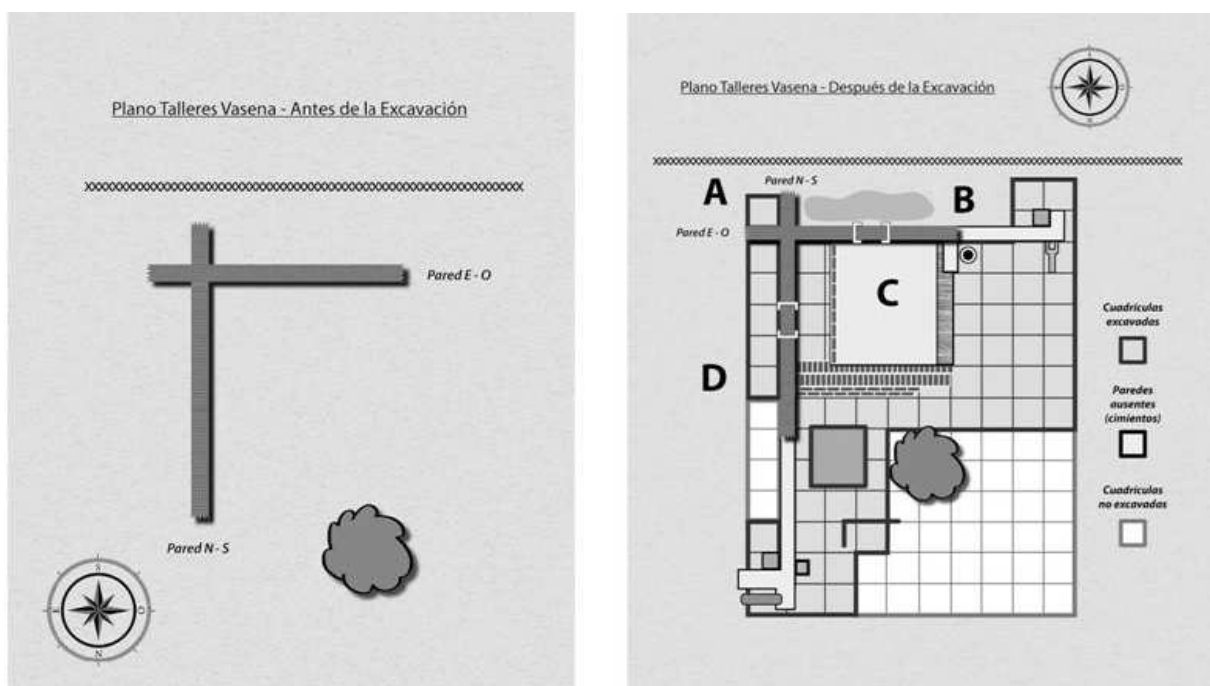


Figura 3. Planos; *izq.*: los dos muros no identificados existentes en el lugar; *der.*: excavación mostrando los cimientos encontrados en el área estudiada.

Consideraciones finales

Desde su nacimiento en la década de 1960, la arqueología industrial se ha desarrollado teniendo en cuenta que no sólo se trata del estudio de los edificios o de la maquinaria involucrados en los procesos modernos de producción, sino en realidad del universo material y social de los trabajadores que lo sostuvieron, de los mecanismos de consumo de sus productos y de cómo éstos incidieron en la posible explotación de los primeros (Thomas 2004). En definitiva, de la construcción del capitalismo como sistema que alguna vez pareció ideal y que rápidamente puso en evidencia los altísimos costos sociales e individuales que su desarrollo implicaba para millones de personas.

El surgimiento de los movimientos obreros y los reclamos alrededor de los cuales éstos se organizaron, es un tema en el que la arqueología de la industria como disciplina ha empezado a adentrarse, buscando explorar otros aspectos del mismo proceso histórico. El análisis de los restos hallados en el sitio proporciona evidencia en relación a las pésimas condiciones de trabajo que soportaron sus obreros. Asimismo, hemos intentado avanzar en una explicación de porqué el edificio que podría haberse erigido en monumento fue en cambio demolido y cuáles pueden haber sido los motivos por los que hasta ahora a nadie pareció importarle demasiado tal destrucción.

Referencias

Caras y Caretas (1919). Nota sin título. Año XXII, N° 1.059, 18 de enero de 1919.

Caterina, L. (1955). *La Liga Patriótica Argentina: un grupo de presión frente a las convulsiones sociales de la década del 20*. Editorial Corregidor, Buenos Aires.

Logan, W. y K. Reeves (eds.) (2009). *Places of Pain and Shame, Dealing with Difficult Heritage*. Routledge and Co., Londres.

Schávelzon, D. (2008). *Mejor Olvidar: La conservación del patrimonio cultural argentino*. Deloscuatrocientos Editor, Buenos Aires.

————— (2009). Buenos Aires: arqueología de una ciudad que no quiere conocer su pasado. *Divulgata* 3:5-18. México.

Schávelzon, D. y A. Igareta (2010). Arqueología de los Talleres Vasena y la Semana Trágica en Buenos Aires. *VI Congreso de Arqueología de Colombia*, 26-29 de octubre. Santa Marta, Colombia. Ms.

————— (2010). Arqueología de los Talleres Vasena y la Semana Trágica en Buenos Aires. *Ier Congreso Nacional de Arqueología Urbana*, 20 de agosto. Rosario, Santa Fe. Ms.

————— (comps.) (2011). *Arqueología de un conflicto social: La Semana Trágica y los talleres Vasena*. APOC, Buenos Aires.

Seibel, B. (1999). *Crónicas de la Semana Trágica*. Editorial Corregidor, Buenos Aires.

Thomas, J. (2004). *Archaeology and modernity*. Routledge and Co., Londres.

Tonni, E. (2006). *Vajillas de loza y porcelana. Presencia en Buenos Aires a fines del siglo XIX y comienzos del XX*. Jorge Sarmiento Editor-Universitas Libros, La Plata, Buenos Aires.

Vasena, S. (comp.) (1902). *Pedro Vasena e Hijos Buenos Aires. Primer Catálogo*. Edición privada, Buenos Aires.

Daniel Schávelzon y Ana Igareta

Centro de Arqueología Urbana. Facultad de Arquitectura y Diseño Urbano, Universidad de Buenos Aires.

E-mail: cau@fibertel.com.ar